

# TRILOGÍA DEL FUEGO

El secreto del fuego

Jugar con fuego

La ira del fuego

HENNING MANKELL

Prólogo de Gervasio Sánchez

Traducción del sueco de  
Mayte Giménez y Pontus Sánchez

 Siruela

Las Tres Edades

# Índice

<b>Sofia, la mujer invencible</b>	9
Prólogo de Gervasio Sánchez	

## TRILOGÍA DEL FUEGO

<b>El secreto del fuego</b>	17
<b>Jugar con fuego</b>	147
<b>La ira del fuego</b>	329



## Sofia, la mujer invencible

En febrero de 1997 coincidí con una niña de trece años que cambiaba por segunda vez de prótesis en el Centro Ortopédico de Maputo, capital de Mozambique, uno de los países más pobres del mundo que intentaba superar un tiempo de guerras, muertes y silencios que había durado décadas.

Llevaba diez días buscando una historia mozambiqueña que añadir a mi proyecto Vidas Minadas, un intento de documentar el drama de los mutilados en los países más minados del mundo, un proyecto que todavía prosigo con la intención de publicar la última fase en diciembre de 2022 cuando se cumplan veinticinco años de la firma del Tratado de Ottawa contra las minas y del Premio Nobel de la Paz a la Campaña Internacional que se organizó en todo el mundo en contra del uso de estas armas mortíferas.

Después de confirmar con los técnicos protésicos que aquella niña había sido herida por la explosión de una mina me senté a su lado y le detallé cuáles eran los objetivos de mi trabajo fotográfico. Le conté que mi intención era crear una especie de armazón gráfico que sirviera para denunciar cómo las minas tenían mayor efectividad al finalizar las guerras, convirtiéndose en pequeños soldados metálicos que vivían agazapados a la espera de sus víctimas durante años y décadas.

Me sorprendió su madurez. «A mí me gustaría participar, pero usted tendría que pedirle permiso a mi mamá», me dijo

con una gran sonrisa. Parecía una muñeca articulada acostumbrada a sufrir y sabía que su andar con piernas artificiales solo adquiriría soltura y naturalidad con la continua repetición de los movimientos.

Con el permiso de los responsables del centro la trasladé en mi coche a Massaca, la aldea donde vivía, a 42 kilómetros de la capital. Su madre Lydia y su entonces padrastro Benedicto aceptaron mi propuesta y me permitieron dedicar los siguientes diez días a documentar su vida cotidiana.

Se levantaba temprano, desayunaba y se lavaba, iba a la escuela, regresaba a la hora de comer, dormía la siesta, hacía los deberes y cosía a máquina. Esa era su rutina diaria. Se organizaba según el horario de una campesina africana. De luz a luz, vivía. Entre tinieblas, dormía.

Sofia Elface Fumo tenía once años cuando pisó una mina un sábado de noviembre de 1993 sobre las cinco de la tarde. Sus piernas quedaron cercenadas en el lugar de la explosión. Su hermana Maria, de ocho años, fue alcanzada por varias esquirlas en el estómago y resultó malherida.

Ambas desconocían la existencia de un campo de minas en el lugar donde solían recoger leña. Aunque la guerra civil ya había concluido, el corredor minado se mantenía con la intención de proteger un campamento de ingenieros italianos. Miembros de organizaciones humanitarias habían insistido en la necesidad de desactivarlo.

Lo lógico hubiese sido que Sofia muriese desangrada. Los trabajadores de una ONG, que casualmente pasaban por allí en una zona donde todavía hoy apenas hay tránsito vehicular, vieron la nube de polvo levantada por la explosión, consiguieron llegar a tiempo de parar las hemorragias de las pequeñas que yacían destrozadas en el suelo y las trasladaron al Hospital Central de Maputo. Un equipo de cirujanos españoles operó a las dos niñas de las graves heridas. Pero la pequeña Maria murió de una infección múltiple un mes y medio después del accidente.

En la primera visita a su casa me sorprendió que Sofia tuviera una máquina de coser nueva con la que se hacía sus

bellísimos vestidos y los de sus hermanos en los ratos libres que le quedaban cuando regresaba de la escuela primaria. Me contó que se la había comprado una especie de padrino extranjero, un escritor de origen sueco que la había conocido en el hospital durante su convalecencia y había escrito un libro sobre ella.

Me enseñó la edición en sueco y apunté el nombre, Henning Mankell. En el prólogo el escritor hablaba de «palabras que son expresivas y hermosas» como «invencible» y aseguraba que «el libro trata de una persona invencible llamada Sofia».

En aquel tiempo no sabía quién era Mankell. Luego leí que era un novelista y dramaturgo sueco reconocido internacionalmente por su serie de novelas negras sobre el inspector Kurt Wallander, que estaba casado con Eva Bergman, hija del cineasta Ingmar Bergman, cuya obra al completo conocía desde mis años universitarios, y que pasaba la mitad de su vida en Mozambique al frente de Teatro Nacional Avenida de Maputo.

Me enteré de que era un gran escritor que siempre estuvo pendiente de la pequeña Sofia a la que ayudaba económicamente y ni siquiera se olvidó de ella en el testamento que se conoció cuando en octubre de 2015 murió de cáncer.

La niña invencible, tal como la describió Mankell en *El secreto del fuego*, el primer libro de esta maravillosa trilogía acta para todos los públicos, la adolescente invencible que se enamora o que se desespera con la muerte de su hermana por sida (se llamaba Anita y murió el mismo día que Sofia cumplió los quince años en 1998) en el segundo libro *Jugar con fuego*, la mujer invencible que abandona su hogar y decide irse por su propio camino junto a sus tres hijos en *La ira del fuego*, el tercer relato que el propio autor reconoce que escribió con «una parte de verdad y otra de fantasía» y que le leyó «en voz alta a Sofia al lado del fuego en las cálidas noches africanas», es un hoy la madre coraje de un hijo, Leonaldo, de dieciocho años, y tres hijas, Alia de trece años, Karen de cinco años y Ana Maria de un año, nacidos de tres

padres distintos que se han desatendido de sus obligaciones familiares y han forzado a Sofia a multiplicarse como madre, mujer y trabajadora.

Sofia tenía dieciséis años cuando se quedó embarazada de un técnico del centro ortopédico mientras a finales de 1998 se cambiaba de prótesis por tercera vez. La adolescente se hizo cargo de la educación de su hijo, nacido en julio de 1999, sin la ayuda de su pareja, y siguió estudiando en la escuela primaria situada a dos kilómetros de su casa, un recorrido que cada día tardaba una hora en recorrer.

En 2003 empezó la educación secundaria en Boane, la capital del distrito del que dependía su aldea. Era un largo camino de 9,6 kilómetros que hacía dos veces al día en una silla de ruedas con un manillar especial donado por dos organizaciones humanitarias españolas. Sus dos principales deseos eran conseguir un trabajo y estudiar medicina en la universidad mientras sobrevivía en la casa de su madre Lydia de una pequeña parcela agrícola y una ayuda mensual que le enviaba Henning Mankell.

En noviembre de 2004 fue de nuevo madre de una lindísima hija llamada Alia. Vivió un año con el padre de la recién nacida en la casa de sus suegros. Hasta que en abril de 2006 el muchacho decidió irse a Sudáfrica a trabajar. Nunca recibió ayuda económica ni noticias suyas. Tuvo que regresar a casa de su madre, a una familia reducida a mujeres y niños.

La lógica se había impuesto: mujer mutilada es igual a mujer abandonada en la mayoría de los países afectados. Los hombres se quejan de que «sus mujeres ya no son completas y, por tanto, no sirven», tal como me comentó un trabajador social en Maputo al explicarme por qué las mujeres sufrían un mayor trato discriminatorio cuando se quedaban sin piernas por culpa de las minas.

En mayo de 2005 viajó a Barcelona con Alia, que ya tenía seis meses, para cambiar sus prótesis por quinta vez desde que sufrió el accidente. El Institut Desvern de Protética S. L., un pequeño centro fundado por un grupo de amputados en Sant Just Desvern, se había ofrecido a cambiarle las prótesis

de forma gratuita. DKV Seguros, compañía muy implicada en las labores sociales y asistenciales, había financiado los viajes y la estancia de madre e hija en la localidad situada a unos pocos kilómetros de Barcelona.

La joven había resistido dos embarazos y una larga etapa de siete años con el mismo par de prótesis ya destrozadas. Los ortopedistas que le atendieron admiraron su capacidad de resistencia. «Ha tenido que sufrir lo inimaginable», me explicó Gustau Correa, el encargado de realizar las mediciones y los moldes de las nuevas prótesis. Los muñones hinchados y llagados tenían que encajar a la fuerza en unas prótesis hechas para una mujer quince kilos más delgada. La propia Sofia me confesó que el dolor que sentía durante los embarazos era difícil de describir.

Muy contenta con sus nuevas prótesis que le permitían andar sin utilizar los bastones regresó a su país un mes y medio después. Ya había despertado de su sueño imposible de estudiar en la universidad y se enfrentaba a un futuro incierto con muchas dificultades para conseguir un trabajo al vivir a decenas de kilómetros de la capital y muy limitada por su doble amputación. Pero Henning Mankell se mantuvo a su lado y la ayudó económicamente a construirse una sencilla casa al lado del hogar de su madre, a quien Sofia siempre ha cuidado con esmero.

Un dinero sobrante de un proyecto de ayuda a mutilados realizado por las Ong Intermon-Oxfam, Manos Unidas y Médicos sin Fronteras le permitió iniciar un negocio de ultramarinos a partir de febrero de 2012 en la aldea en la que vive desde que era una niña. Invirtió en neveras y congeladores, compró un motor para superar los habituales cortes de luz, se centró en adquirir productos básicos por sacos de cincuenta kilos en la capital y a venderlos al por menor a sus vecinos, aprendió algunas claves de economía básica y doméstica para rentabilizar su negocio y se puso al frente de él con gran disciplina y sin horarios.

Nunca he avisado a Sofia de mis visitas a Mozambique. Sé que la encontraré en el mismo lugar aunque pase años sin

verla. Con otros protagonistas de Vidas Minadas mantengo el contacto por Facebook y en los últimos años por WhatsApp. Aunque vivan en lugares lejanos y difíciles de acceder, recibo mensajes con asiduidad. Algunas veces en tiempo real. Pero en la aldea de Sofia sigue habiendo muchas limitaciones telefónicas.

El año pasado elegí una fecha a voleo en el calendario y volé a Maputo el 29 de junio de 2017. Hacía cinco años que no veía a Sofia. Mi sorpresa fue mayúscula cuando la visité el día después de mi aterrizaje. Tenía una tercera hija que había nacido hacía cuatro años y, además, estaba embarazada de nueve meses.

Horas después de mi llegada se puso de parto y tuve que llevarla en mi coche al centro médico más cercano. Allí me aconsejaron que la trasladara al hospital distrital ante la posibilidad de un parto de alto riesgo.

En las últimas semanas había echado de casa al padre de su última hija y del bebé todavía sin sexo que estaba a punto de nacer. «Siempre estaba bebiendo, no aportaba un salario en casa y no quería perder los ahorros de toda mi vida que quiero dedicar a la educación de mis hijos», me había contado Sofia esa misma mañana en su casa.

He visto muchos partos duros en mi vida. En campos de refugiados, a la luz de las velas en ciudades bombardeadas, he visto nacer a niños ya muertos, he estado presente en el nacimiento de mi hijo por cesárea y he mantenido la calma cuando el bisturí rajaba el vientre de mi pareja.

Pero el desenlace del cuarto parto de Sofia fue muy especial. Dilató dando grandes gritos de dolor junto a otra media docena de parturientas, entre ellas una menor de quince años, en una habitación por la que volaban mosquitos *Anopheles* del género *Plasmodium*, causantes de la malaria humana, y en un ambiente de profunda soledad porque su madre Lydia y su hermana menor Anastasia no pudieron acompañarla. La comadrona y el resto del personal médico no entraron en la habitación hasta que la cabeza del bebé empezó a asomar.

Imagínense un parto de una mujer sin dos piernas, empapado todo su cuerpo desnudo por el sudor vertido en una atmósfera irrespirable. Imagínense sus gritos de dolor y sus llamadas a una madre que estaba a decenas de kilómetros. Imagínense al bebé saltando al mundo y chapoteando en el líquido amniótico hasta que la comadrona consigue recogerlo, cortar el cordón umbilical, verificar su sexo, pesarlo en una báscula y entregárselo a Sofia para que lo envuelva en una bellísima capulana, una tela multicolor que oficia de vestimenta esencial en las mujeres mozambiqueñas y que son utilizadas también para arropar y cargar los bebés a la espalda.

Imagínense a Sofia agotada abrazando a su bebé recién nacido a las once de la noche de aquel 30 de junio de 2017, temblando de frío después de sudar la gota gorda, acompañada en su soledad por un hombre, el fotógrafo que sigue sus pasos desde hace veinte años, que la ve llorar de cansancio y de alegría, pero también de preocupación ante la incertidumbre que provoca tener que velar por otra hermosa niña sin el respaldo de una pareja.

«¿Qué nombre le vas a poner a tu bebé, Sofia?», le pregunté quizá para centrar su atención en algo más concreto que el presente precario. «No lo sé», me dijo con un timbre de voz agónico. «Quizá podrías ponerle el nombre de Maria o de Anita», le insinué poco antes de que una enfermera me dijera que la iba a trasladar a otra sala a la que no podía acceder.

A la mañana siguiente fui a buscar a sus otros hijos y los llevé al hospital para que vieran a su madre y a su nueva hermanita. Me encontré a una Sofia muy recuperada, los surcos de cansancio y dolor que la noche anterior serpenteaban por su rostro habían desaparecido, y su bebé parecía un bombón listo para comérselo.

Se me acercó al oído y me susurró: «Ya he decidido que mi hija se llamará Ana Maria. Gracias por ayudarme a encontrar su nombre». La besé como si fuera una hija y le dije que me parecía un gran homenaje a sus dos hermanas ya desaparecidas, Maria en la explosión de la mina y Anita por culpa del sida.

Aquel día entendí por qué Henning Mankell había definido a Sofia en el prólogo del primer libro de esta trilogía como «una persona invencible» que «no se deja pisar» y que «nunca se rinde». Entendí por qué el gran escritor sueco necesitó escribir tres grandes relatos aquí reunidos para contar la historia de una niña que tuvo la desgracia de pisar una mina cuando apenas levantaba un metro del suelo.

En los relatos de Henning Mankell está la sal de la vida de Sofia, su capacidad de superación para enfrentarse a las situaciones más difíciles, la dignidad con la que pasea su cuerpo mutilado por culpa de la violencia de la guerra, su valentía y arrojo para mejorar la vida de sus cuatro hijos, su sueño de que alguno de ellos consiga llegar a la universidad y romper el ciclo de pobreza y violencia que sufre su familia desde hace generaciones. En los relatos se condensa la vida de una mujer invencible llamada Sofia, que el autor conoció cuando era una niña y que acompañó hasta su muerte hace dos años y medio. Mankell la quería como una hija y estaba muy orgulloso de ella. Como lo estoy yo.

Gervasio Sánchez, fotoperiodista autor de *Vidas Minadas*,  
un proyecto fotográfico empezado en 1995 que tiene a  
Sofia Elface Fumo como una de sus protagonistas

# EL SECRETO DEL FUEGO



## Unas palabras antes de que leas este libro...

Hay muchas palabras en la lengua sueca que son expresivas y hermosas.

Una es la palabra *invencible*.

Cuando te la dices en voz alta puedes oír lo que significa.

Que no te dejas pisar.

Que no te rindes.

Este libro trata de una persona invencible llamada Sofia. Existe en la realidad y tiene doce años. Vive en uno de los países más pobres del mundo, Mozambique, que está situado en la costa este de África.

En realidad es una tierra rica. Pero se ha vuelto pobre debido a una guerra que duró casi veinte años. Hasta 1975 Mozambique había sido colonia portuguesa. Cuando el país obtuvo la independencia y quiso ir por su propio camino hubo muchos que trataron de impedirlo. En particular los portugueses acomodados que veían desaparecer su antiguo poder. Muchos de ellos se mudaron a Sudáfrica. Tampoco los racistas de Sudáfrica veían con buenos ojos lo que ocurría en el país vecino, en Mozambique. Dieron dinero y armas a los mozambiqueños pobres e insatisfechos y les animaron a empezar una guerra civil. Y, como en todas las guerras, la peor parte se la llevó el pueblo. Murieron muchas personas,

y otras muchas huyeron. Sofia fue una de ellas. Pero sobrevivió.

Este libro trata de ella y de algo que ocurrió. Algo que cambió toda su vida.

HENNING MANKELL

*A la memoria de Maria Alface.*

*Una chica africana  
que murió cuando era muy joven.*

*El libro trata de su hermana  
Sofia.  
Que sobrevivió.*



*Esta es mi historia,  
que quiero que permanezca viva  
en vuestra memoria.*

*El corazón africano  
es como el sol,  
grande, rojo,  
una tela de seda de color sangre.*

*El amanecer africano baila.  
Con el sol naciente  
se alzan los primeros sonidos,  
primero susurrantes, rumorosos,  
y luego, al final, más y más fuertes.*

*Pero todavía es de noche.  
Y Sofia sueña...*